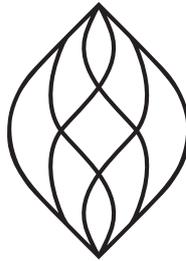


dioses del fuego



fabio martinez



EDITORIAL

nudista

fabio martinez

dioses del fuego

*¿No es mi palabra como fuego —declara el SEÑOR—
y como martillo que despedaza la roca?*

Jeremías 23: 29

*Se prende fuego mi pelo, mi piano, mis discos,
la ropa y el perro.
Puede ser que otra vez no sea cierto
pero siento cómo el fuego
me quema por dentro...*

Intoxicados

El amigo de Franki Porta

Me quedé solo. Mi mejor amigo, Rubén Palavecino, hermano de saliva y sangre, se puso de novio con la Flaca Acosta, una compañera de curso. Se sentaba con ella. En los recreos caminaban de la mano hasta la cantina, compartían sándwiches de salame, vasos de gaseosa y se besaban cerca de los canteros de la escuela, a escondidas de la preceptora. A veces yo los acompañaba, pero no era lo mismo. Me sentía un perro que camina atrás de sus dueños.

Según los vagos del fondo, esa mina lo había engualichado. Tyson juraba que, en una fiesta, la Flaca exprimió una toallita femenina y cayeron algunas gotas de sangre sobre un vaso de cerveza, que después tomó Rubén. Cuando Tyson contaba eso poníamos cara de asco y le decíamos que se callara. No se le podía creer nada. Lo cierto era que estábamos en tercero y entre los compañeros teníamos nuestros mejores amigos. Pero el mío estaba súper enamorado de la Flaca Acosta.

Ese mismo año Franki Porta llegó al pueblo y a la escuela. Venía de la ciudad. Por lo general los pibes que llegaban de la Capital traían el pelo largo, piercings en las cejas y pantalones anchos que se les caían y tenían que levantarlos a cada rato. Pero Franki usaba el pelo corto y su vestimenta era discreta. Lo que me llamó la atención fueron sus grandes ojos marrones claros, bien claros, tanto que parecían transparentes.

Franki se sentó conmigo. Creo que los primeros días apenas abrió la boca para saludar a la entrada y despedirse a la salida. Según Tyson y los vagos del fondo, era maricón. Porque cuando el director Musso caminaba por los pasillos o entraba al curso y el silencio se adueñaba del lugar, Franki temblaba, cerraba los ojos y se llevaba las manos a los oídos.

La verdad es que el director era un hijo de puta. Su nombre verdadero era Rivas y le decíamos Musso por Mussolini, ya que manejaba la escuela como si fuera un cuartel o, en el peor de los casos, una cárcel. Según los de quinto, a un compañero que tiró una bombita de olor en la cantina, Musso lo encerró en la dirección y le metió una piña en la boca del estómago que lo dejó sin aire, de rodillas en el suelo. También se decía que en su oficina había fotos de Menéndez y Videla, y que tomaba café en una taza que tenía impresa la esvástica. El alumno que pisaba por segunda vez la dirección era expulsado.

Yo también creía que había algo raro en Franki. Cada vez que pasaba el avión fumigador de los Romero y corríamos al medio del patio para saludar al piloto, Franki era otro. A pesar de ser callado y tímido, saltaba con nosotros, levantaba los brazos y gritaba de manera desaforada hasta que el avión se perdía en el horizonte.

Recuerdo que fue un lunes, en el recreo de las diez, que me animé a preguntarle a Franki por qué le tenía tanto miedo a Musso. Dio muchas vueltas y tanto le insistí que me contó. Me dijo que tenía que ser un secreto y me hizo jurar por mi familia entera que no me iba a reír.

No es Musso, es el silencio. Eso me da miedo, dijo. Trató de explicarme que cuando nos quedábamos callados escuchaba susurros, voces, gritos, y sentía que de las paredes y rincones surgían formas extrañas.

Pensé en contárselo a Tyson, para que nos burláramos un rato, pero me di cuenta de que era mala idea. Franki era el único que me acompañaba a la cantina y se pasaba los recreos a mi lado mirando a las chicas de quinto «A», mientras los pibes del fondo jugaban a los luchadores libres como si tuvieran cinco años.

Creo que después de ese recreo y gracias a mi discreción, Franki y yo dejamos de ser solo compañeros para convertirnos en amigos. Un par de veces lo llevé a casa y comimos junto a mi tía, que lo miraba de manera rara. Para mí que le quería preguntar algo y no se animaba.

En otoño ya éramos inseparables.

Los del fondo decían que éramos pareja.

Unos días antes de que empezaran las vacaciones de invierno, Franki me invitó a almorzar a su casa. Fuimos después de la escuela. El colectivo nos dejó sobre la ruta. La cruzamos y nos adentramos por un camino de tierra. Los árboles tenían las hojas secas. Avanzábamos y los vehículos que pasaban por

la ruta sonaban como bólidos metálicos cada vez más lejanos. A mitad de camino había una casa destruida. Sólo quedaba el marco de la puerta y un pedazo de pared. En la parte de adelante, un aljibe viejo emanaba olor a agua podrida. Miré el cielo y las nubes se volvieron más grises y más grandes y el día se oscureció. Un viento frío nos despeinó y los ojos de Franki cambiaron de color. Se lo notaba agitado y traspiraba. Le pregunté si se sentía bien, no contestó. Observó la casa, el aljibe, el piso y caminó más rápido. Se adelantó y justo al frente de los escombros corrió. Sus zapatillas levantaron una pequeña polvareda y lo vi alejarse. No sé si fueron minutos o apenas segundos los que permanecí paralizado sin saber qué hacer. Otra vez miré la casa y sentí que había alguien más. Que alguien estaba escondido detrás de esa pared semidestruida, agazapado, vigilando, esperando. Creí ver una sombra que se formaba en el piso y un escalofrío me recorrió la espalda entera. Recién en ese momento reaccioné y corrí. Corrí lo más rápido que pude.

Llegué agitado. Franki estaba en la puerta.

¿Qué pasó?, le pregunté.

No quiero hablar, dijo y entró.

La casa de Franki era vieja y por mucho tiempo nadie la había habitado. Los techos eran altos y las habitaciones y puertas, inmensas. La madre me saludó de manera efusiva. Me dio un beso en cada mejilla. Estaba recién bañada y su pelo olía a manzanilla. Todavía estaba asustado pero la madre tenía una sonrisa tan espléndida e irradiaba tanta calidez que de a poco el miedo se me fue yendo y pensé que había sido otra de las locuras de Franki.

Antes de almorzar pasamos a la pieza y escuchamos a volumen alto un Cd de Ataque 77. Me recosté en la cama y revisé la mesa de luz. Había un par de revistas Muy interesante que hablaban sobre casos de telequinesis y otra sobre portales místicos. En el cajón encontré varias cajas de pastillas.

¿Y esto?, grité.

Franki bajó un poco el volumen y dijo:

Me las dio el psiquiatra. Por las voces y las sombras. Te conté ya.

¿Y sirven?

Me adormecen la boca y hay días que tengo mucho sueño, dijo y volvió a subirle al equipo.

Almorzamos milanesas con puré. La madre nos sirvió, se sentó junto a nosotros y no comió nada. Ella solo hablaba y tejía. Sobre un sillón dejaba las prendas terminadas. Había varios pulóveres y bufandas. Los hacía para una señora que los fines de semana los vendía en una feria.

Levantamos la mesa y nos fuimos al fondo. El patio era inmenso. Jugamos un rato con la pelota, nos dimos unos cuantos pases hasta que la cosa se puso aburrida y le dije a Franki que fuéramos al bosque.

Nos metimos por un sendero angosto. En el camino, Franki me contó que la casa donde vivían era de su tío y que se la había prestado a su madre. Que el padre se quedó sin trabajo y no conseguía nada. Entonces vinieron a este pueblo y alquilaron la casa de la ciudad.

Después de varios minutos escuchamos algunas voces y nos detuvimos. A unos cien metros cinco hombres rodeaban un árbol. Nos sentamos en unas rocas y Franki me señaló a su

tío. Era un tipo alto y flaco. Llevaba una gorra roja, daba las órdenes. Los otros tenían cascos amarillos y uno de ellos encendió la motosierra. El ruido se volvió ensordecedor. Varios pájaros levantaron vuelo desde las ramas y cruzaron el cielo. Tardaron varios minutos en cortar el primer árbol. Intentaban con la motosierra, se detenían y sacaban pequeños troncos. Volvían a intentar y, otra vez, se detenían para repetir la acción. El tronco parecía resistirse con gran dignidad pero al final alguien gritó, los hombres corrieron hacia atrás y el árbol cayó. Era imponente ese momento. La madera se partía, las ramas se quebraban. El árbol, un gigante herido, se derrumbaba de lleno sobre el bosque. El sonido adquiría cada vez más intensidad, como si fuera una implosión que quedaba latente por varios segundos.

Pasamos la tarde entera en esas rocas. Nos fuimos cuando el viento se volvió helado. Un pequeño claro se formó alrededor de los leñadores.

En la casa de Franki, el padre había llegado. Estaba en el patio, limpiaba una escopeta. Me estrechó la mano sin fuerzas. Parecía ido o demasiado concentrado en los caños del arma.

Entramos y tomamos mate cocido con pan casero. Vimos un poco de tele.

Al rato el padre gritó desde afuera.

Vengan, dijo.

Salimos. La noche había llegado. Un reflector alumbraba dos latas de durazno vacías, colgadas del alambrado. Con el caño marcó en la tierra una línea a unos diez metros y nos prestó el arma.

Disparen, dijo.

En mi vida había tenido una escopeta en las manos. Era pesada y me costó levantarla.

Apuntá con la mirilla, me dijo Franki.

Disparé y la escopeta me tiró para atrás. La explosión me hizo cerrar los ojos. Un ardor me quedó en el hombro. Salía humo de los caños. Los balines pasaron lejos del blanco. Franki me sacó el arma y la cargó en dos movimientos. Apuntó y de un solo tiro hizo volar las latas.

Ese día, antes de irme, Franki me contó un segundo secreto: algunas noches soñaba con tres personas que quemaban autos y casas en la ciudad. Uno de ellos era un gordo que tenía las palmas llenas de fuego. Corrían por el medio de la calle y se escondían en el bosquecito, atrás de su casa. Se reían y parecían payasos malditos. Me dijo que de a poco sus rostros se desfiguraban, se convertían en tres demonios.

Franki se despertaba traspirado y gritaba.

A veces lloraba.

* * *

Después de las vacaciones de julio, Franki empezó a faltar y a llegar tarde a la escuela. Grandes ojeras se le formaron alrededor de los ojos y siempre andaba con sueño. Para que se le pasara se mojaba el pelo en el baño, entraba al curso chorreando agua y muerto de frío. Los profesores lo miraban con mala cara y según mi tía, que se enteraba de los chismeríos del pueblo, lo acusaban de drogadicto, porque solo un chico con esos problemas se moja la cabeza en pleno invierno.

No pasó mucho tiempo hasta que Musso lo llevó a la dirección por primera vez. En la hora de Historia oímos que se acercaba y el silencio fue absoluto. Entró sin pedir permiso y dijo:

Porta, venga conmigo.

Un murmullo inquietante creció de a poco hasta que Musso, con solo la mirada, lo aplacó.

En el recreo fui hasta la dirección. La puerta estaba cerrada. Simulé arreglar la cadena de una de las bicis al borde de la ventana. Escuché la voz de Musso. Gritaba.

En mi escuela no acepto vagos, decía. Acá formamos personas para el trabajo. Gente como uno. ¿Qué cree, Porta? ¿Que llegando tarde y faltando, el día de mañana le va a durar algún trabajo? Y eso de andarse mojando la cabeza, ¿qué le pasa, Porta? ¿Qué mierda le pasa?

La puerta de la secretaría se abrió y la vieja Olga me encaró. Rajá de acá, Pastore, me dijo. No hizo falta que lo repitiera.

Ese día teníamos contraturno y Franki fue a almorzar a casa. En el camino me contó que la cosa se había puesto peor. Las pesadillas eran más seguidas y tan reales que a veces pensaba que los demonios existían de verdad y que lo que vivía cuando estaba despierto era solo un sueño.

En casa le dije a mi tía que Franki andaba mal. Después de levantar la mesa ella lo invitó a la primera pieza. Se sentaron enfrentados. Le acarició las manos y con las uñas recorrió las líneas de las palmas.

Contame, dijo.

Y Franki habló de los susurros, las voces y los gritos. De la casa abandonada y las pesadillas. De los hombres con las

manos llenas de fuego y los demonios, los malditos demonios y el bosquecito atrás de su casa.

Tenés que ir a verlo al Pelado, dijo mi tía y se puso de pie.

El Pelado vivía en medio del campo. Yendo al norte. Tiempo atrás, colectivos repletos venían desde la capital a verlo. Las personas hacían cola afuera de su casa. No sé en qué época hablaron de que experimentaba con magia negra y lo acusaron de realizar un trabajo sobre una chica de los barrios bajos, llamada Leonor. Después de eso la cosa se puso fea. El cura de la Parroquia fue a buscarlo varias veces y algunos fieles organizaron una marcha en su contra. Una mañana se levantó y tenía la pared escrita con insultos. Basura en la vereda, botellas rotas y vidrios desparramados. Lo acusaban de haber hecho un pacto con el diablo, de tener a la Virgen en una licuadora con la cabeza para abajo y cubierta de manchas de sangre. Fue en ese tiempo que el Pelado pasó unos días en casa porque era amigo de mi tía. A mí me daba mucho miedo. Yo era chico y para mí el Pelado jamás dormía. Se pasaba el día entero acostado en el sillón, veía partidos de fútbol de la liga italiana y española. Andaba siempre con un cigarrillo en la boca y el olor a tabaco negro quedó impregnado en los ambientes por varios meses, aun mucho tiempo después de que se fuera.

Algunas madrugadas me levantaba e iba a la primera pieza y mi tía y el Pelado estaban enfrentados, con una vela en el medio. Hablaban en voz baja, casi a los susurros.

Al final el Pelado consiguió una casa en el medio del campo y se fue. Dejó de atender de manera masiva. Según

se cuenta, ahora hace ceremonias con plantas medicinales y de eso vive.

Mi tía habló con el Pelado y nos arregló una cita.

El colectivo nos dejó frente al cementerio, sobre la ruta. En un papel llevaba un croquis con las indicaciones de mi tía. Caminamos y para pasar el rato levantamos piedras y se las tiramos a los árboles. La puntería de Franki era impresionante como un francotirador, donde apuntaba, pegaba.

La entrada de la casa del Pelado tenía los yuyos crecidos. Tocamos las palmas, lo llamamos a los gritos, nadie atendió. Saltamos el portón. Una antena de Direc TV relucía en la parte más alta de la casa. Hicimos un par de pasos y de un costado salió un rottweiler negro. Se nos vino al humo. Ladraba como si nos quisiera comer de un solo bocado. Di la vuelta y corrí. Franki alzó piedras. Escuché los ladridos tan cerca y las patas raspando el piso que pensé que el perro ya me mordía. En un solo movimiento saltamos el portón y caímos del otro lado. Levantamos tierra. El perro chocó contra la madera varias veces y parecía que la rompía. De su hocico caía saliva. Nos pusimos de pie y recién en ese momento escuchamos la voz del Pelado.

¡Negro, Negro! son amigos, dijo. El perro dejó de ladrar y movió la cola.

El Pelado abrió el portón y pasamos. Estaba descalzo. Saludó a Franki y a mí me dio un fuerte abrazo.

Luchito querido, dijo. Qué grande que estás.

Tardó un largo rato en soltarme.

En el living la televisión estaba encendida. Un partido del Brasileiro se jugaba con comentarios en portugués.

Esto es fútbol, dijo el Pelado. Acá se juegan la vida en cada cruce, no como esos gallegos que ni se tocan los tobillos.

Nos sentamos en un sillón y el Pelado nos cebó mate. La yerba que usaba era orgánica pero el gusto era el mismo.

Peguntó por mi tía y me di cuenta de que estaba demasiado flaco y viejo. Pensé en mi tía y en él, siempre creí que había algo más entre ellos.

En el entretiempe el Pelado nos invitó al fondo. Tenía una huerta que ocupaba casi la mitad del patio y más atrás sobresalían unos cactus ordenados uno al lado del otro sobre una tapia.

Sacó un par de sillas y las ubicó cerca de la pared del fondo. El sol daba a pleno sobre sus cabezas. Franki y el Pelado se sentaron enfrentados y a mí me mandaron para adentro. Desde el living podía verlos pero no escuchaba lo que decían. En un primer momento Franki hablaba, después de un rato, el Pelado le explicaba algo. Me cansé de tratar de descifrar lo que decían y me tiré en el sillón a ver el partido. El Pelado tenía razón, estos tipos se cagaban a patadas. Miré el partido hasta el final. Cuando terminó hice zapping, me enganché con el final de Corazón Valiente y recién entraron. Tomamos un par de mates más y al rato nos fuimos. El rottweiler estaba echado en la entrada, mansito.

En el colectivo le pregunté a Franki cómo le había ido.

Mal, contestó.

¿Por qué?

No tengo nada malo. Dice que lo me pasa es un don, un poder de percibir cosas que otros no ven. Y lo peor es que esto recién empieza, dijo y fueron sus últimas palabras en el viaje.

Me bajé en mi parada y él siguió. Cuando me despedí le di un abrazo, tenía los ojos llorosos.

Franki faltó a la escuela por tres semanas. Hablé a su casa en varias oportunidades, no me atendieron. Regresó un viernes junto a la madre. Lo vi de lejos, estaba flaco, pálido y con unas ojeras impresionantes. Se lo notaba nervioso. Musso le prohibió el ingreso. Los atendió en el portón y les dijo que estaba libre. Le quiso hacer firmar un papel a la madre, ella se negó y una pequeña discusión se armó entre ellos.

Ese mediodía le volví a pedir a mi tía que me explicara las palabras del Pelado. Ella se sirvió un vaso de agua e intentó cambiar el tema. Tanto le insistí que me dijo que la mayoría de las personas se acostumbran a vivir en un mundo establecido y limitado, pero la realidad es mucho más compleja y solo unos pocos la pueden apreciar en su totalidad, las personas que no se contaminaron, y Franki era uno de ellos.

Volví a estar solo en el curso, Rubén a veces se acercaba pero la Flaca era tan celosa que si se quedaba mucho tiempo se enojaba. Los pibes del fondo seguían jugando a los luchadores libres y cuando me juntaba con ellos, la verdad que no entendía por qué se reían de cualquier cosa.

Un domingo bien temprano la puerta de casa sonó. Salté de la cama y fui hasta la primera pieza. Antes de abrir volvió a sonar de manera brusca. Atendí y era la madre de Franki.

Estaba nerviosa, se pasaba a cada rato la mano por el pelo y se peinaba y despeinaba al mismo tiempo. La hice pasar y apenas entró me abrazó un largo rato y aunque no podía verle la cara percibí que lloraba. Cuando se tranquilizó me soltó y se sentó.

Franki está internado, dijo y la voz se le quebró.

Le serví un vaso de agua y se lo dejé sobre la mesa. A cada segundo pensaba qué decir, de qué manera mostrar mi preocupación, dar mi apoyo. Al final me quedé callado y esperé a que ella hablara.

La madre de Franki me contó que la cosa había empeorado. Franki se levantaba a mitad de la noche, buscaba la escopeta, la cargaba, salía descalzo, caminaba por la calle de tierra hasta la casa abandonada y apuntaba al aljibe. Luego se adentraba en el bosque. A la hora volvía, dejaba el arma sobre la mesa y se acostaba con los pies llenos de barro.

Los médicos le dijeron que era sonámbulo, que comiera más liviano en la cena o que tomara solo un té. Le recetaron pastillas para dormir pero lo sigue haciendo. La escopeta la escondemos en lugares diferentes pero siempre la encuentra. Anoche salió para el bosquecito con el arma cargada y lo seguimos con una linterna. Se escondió atrás de un árbol y apuntó a la nada. Cuando nos acercamos y le toqué la espalda, se dio vuelta y tenía los ojos cerrados. Nos pidió que hiciéramos silencio. Allí están, nos dijo, están arrasando con todo. Alumbramos con la linterna, no había nada.

Fui a verlo a Franki varias veces al hospital. El edificio daba lástima, la humedad cubría las paredes, los techos estaban descascarados y el olor a lavandina era tan fuerte que me hacía doler la cabeza. Franki estaba en un sector para niños y

adolescentes que quedaba atrás de un jardín descuidado. Se sentía bien, un poco abombado por las pastillas que le daban y con la boca pastosa. Cuando le pregunté por sus caminatas nocturnas me juró que no se acordaba, pero prefería eso a las pesadillas. Después le conté de las chicas de quinto “A” y de los muchachos del fondo que ahora, en los recreos, jugaban a los súper campeones con una pelotita de papel y se cagaban a patadas y más de uno salía con los tobillos morados.

En noviembre le dieron el alta.

A las semanas decidieron volver a la capital.

Los Porta se mudaron un veinte de diciembre, no me lo olvido más porque fue el mismo día que el país estallaba o por lo menos era eso lo que se veía por televisión: saqueos en supermercados, una multitud en la plaza de mayo, cacerolas que sonaban y la montada que arrasaba con lo que se le cruzara en el camino. Ayudé en la mudanza y cuando apagamos el aparato para ponerlo en una caja y subirlo a la camioneta, parecía lejano lo que pasaba en la gran ciudad. Acá solo escuchábamos el canto de los pájaros, las ramas que se movían y de vez en cuando algún vehículo que pasaba por la ruta.

Dejamos los últimos bolsos y bolsas preparados para cuando volviera la camioneta y nos sentamos sobre una mesada en el fondo. El mediodía había pasado y hacía mucho calor, teníamos las remeras húmedas de tanta transpiración. Tomamos bastante agua y un viento pesado y caliente movió las ramas de los árboles. Sin pensarlo mucho nos pusimos de pie y nos adentramos en el bosque. Entramos por el sendero de siempre y a los pocos metros percibimos que el claro en el medio era impresionante. El sol daba a pleno sobre las ramas y troncos

caídos. Nos detuvimos en el mismo lugar de siempre y miramos el terreno, por un largo rato. En un momento Franki me tocó el hombro y apuntó hacia el lado de la ruta. Era el tío con tres personas más. No tenían pinta de leñadores sino de amigos que querían conocer el lugar. Uno de ellos era un gordo grandote que llevaba una parrilla. Los otros dos cargaban bolsas de supermercado. Se detuvieron a la altura de la casa abandonada e hicieron un círculo. Nos agazapamos atrás de unos arbustos y observamos en silencio. Dejaron la parrilla a un costado y arrojaron pedazos de madera mezclados con papel. Uno de ellos se agachó y estuvo un largo rato en cuclillas. Pronto, una pequeña nube de humo se elevó por los cielos. Una llamarada solitaria creció. Ellos siguieron hablando más fuerte y se reían, y sus risas se multiplicaron en cada rincón del bosque y juro por lo que más quiero, que parecían payasos endemoniados. Se dieron vuelta hacia donde estábamos y el tío llamó a Franki.

No sé si era el vapor que se levantaba a esa hora o el fuego o el humo, pero me pareció que sus rostros se derretían. La piel se les desprendía, se arrugaba y caía hacia los costados. Franki saludó desde lejos y por lo bajo me dijo que caminara.

Volvimos a la casa y esperamos la camioneta. No quise hablar de lo que habíamos visto en el bosque porque sabía que Franki lo había percibido más claro que yo. Ayudé a cargar los últimos bolsos y partimos. La casa quedó vacía y con las puertas y ventanas cerradas. En el camino hacia la ruta nos cruzamos con una topadora amarilla. Me acercaron hasta la esquina de casa y allí nos despedimos. Los padres me agradecieron la ayuda y la compañía. La madre estaba más tranquila

y otra vez su pelo olía a manzanilla. Con Franki nos abrazamos y un calor intenso me cubrió el cuerpo.

El finde que viene vuelvo, me dijo.

Te espero, le contesté.

Nunca más volvió y por mucho tiempo no supe nada de él.

Al año, el bosque o lo que quedaba de él se quemó. Los bomberos y algunos vecinos del pueblo lucharon por dos días seguidos. Cuando la cosa se estaba poniendo peor y se hablaba de evacuar la zona, una lluvia constante aplacó el incendio.

A veces paso en colectivo por el lugar y es tan extraño observar el terreno extenso devorado por el fuego, cubierto de cenizas que ante la mínima brisa se eleva, flota en el aire y forma una nube blanca de polvo. No queda ni un árbol, menos la casa abandonada o aquella en la que vivió mi amigo, Franki Porta.

Hacé clic en el logo de abajo para seguir leyendo
este libro en la **biblioteca digital nudista**.



Del Autor

Fabio Gabriel Martínez nació en 1981, en Campamento Vespucio, provincia de Salta. Participó en la Antología de jóvenes narradores de Córdoba *Es lo que hay* (Editorial Babel, 2009). Su primer libro de relatos, *Despiértente cuando sea de noche*, recibió el tercer premio en el género cuento en el concurso del Fondo Nacional de las Artes del año 2009, y fue publicado por Editorial Nudista en el año 2010. También publicó la novela *Los pibes suicidas* (Editorial Nudista, 2013), que resultó finalista del Premio Cambaceres organizado por la Biblioteca Nacional. Ese mismo año la provincia de Salta lo galardonó en el concurso provincial literario por su libro *Dioses del fuego y otros relatos*. Fue parte de la colección *Leer es Futuro* llevada a cabo por el Ministerio de de Cultura de la Nación. En el año 2016 organizó los eventos de literatura y música en vivo *Historias Contemporáneas* y *Hermosos perdedores*. En el 2017 el Concurso de cuentos de General Cabrera le otorgó el segundo premio a su cuento *Las fiestas terminan primero*.

Índice

- 009 ::: *Dioses del fuego*
015 ::: *Calaveras cazan Leones*
021 ::: *El amigo de Franki Porta*
037 ::: *Fantasmas invisibles en una ciudad apagada*
053 ::: *La compañera de inglés*
061 ::: *La Curandera*
075 ::: *El día menos pensado volverán*
087 ::: *Cosas extrañas*

martinez, fabio
dioses del fuego / fabio martinez. - 1a ed. - río tercero : nudista, 2018.
110 p.; 20 x 14 cm.

isbn 978-987-1959-71-6

1. cuentos fantásticos. I. título.
CDD A863

ficha técnica:

foto de tapa, diseño y edición ::: martín maigua

contacto:

facebook ::: @edinudi

twitter ::: @edinudi

contacto@editorialnudista.com.ar

www.tiendanudista.com.ar

www.editorialnudista.com.ar

*///este libro obtuvo el primer premio en el concurso provincial
2014, en la categoría cuento, organizado por la secretaría de
cultura de la provincia de salta. el mismo año fue publicado por el
fondo editorial de la misma institución///*



EDITORIAL

nudista

queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método: fotográfico, fotocopia, mecánica, reprográfico, óptico, magnético o electrónico, sin la autorización expresa y por escrito de los propietarios y el editor impreso en la argentina. todos los derechos reservados. queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723

ISBN 978-987-1959-71-6